

## CERAMICAS ANTIGUAS

## FALSIFICADAS EN MEDELLIN

Por el Dr. J. B. Montoya y Flórez.

En relación con las 130 piezas compradas en Medellín, por los Sres. O. Fuhrmann y E. Mayor, y estudiadas cuidadosamente por el notable arqueólogo Th. Delachaux, de Neuchatel, en un erudito artículo intitulado: "Poteries anciennes de la Colombie," publicado en el muy interesante libro "Voyage d'exploration en Colombie," (1) de Fuhrmann y Mayor, se sabe, dice Delachaux, que los dos viajeros suizos, piloteados aquí por el difunto Karl Bimberg, entonces Cónsul de Alemania, las compraron a un "joven indio, quien decía haberlas recibido de un su hermano" y que fueron recogidas en la región del Cauca, arriba de Manizales.

Todo esto es un timo, y el indio es un hombre del pueblo, de apellido Yepes, enviado probablemente por el Sr. Luis Right, para ofrecerlas y venderlas a los extranjeros. Estas cerámicas y las similares han pasado siempre en Medellín como procedentes de Apía o Cañaveral, y en su enorme y fantástica variedad han sido fabricadas y vendidas por Pascual Alzate y su hermano Miguel, jóvenes artistas del pueblo, que no tienen nada de aborígenes. Su padre, Julián Alzate, que hoy se ocupa especialmente en disecar pájaros vistosos e insectos brillantes, probablemente ejerció también la imitación de las cerámicas indígenas, porque el Sr. Right tiene este comercio desde hace 27 años.

El Sr. Luciano Orta se ocupó en tiempos pasados en esta clase de imitaciones, pero fué menos feliz que los Alzates, quienes sí continúan en su, para ellos, inocente y hasta meritoria tarea, hasta el punto de que últimamente se trasladaron a Bogotá y allí vendieron gran número de sus fantásticos y modernísimos "bibelots" de reminiscencias precolombinas y, según Delachaux, medioevales. Delachaux dice, hablando de estos cacharros, que a primera vista llama la atención su aspecto de chirimbolos raros y curiosos, análogos a las gárgolas de las catedrales góticas, y que en miniatura semejan una fauna llena de

(1) Atinger frères, Neuchatel, 1914.

vida. "Estas figuras, dice, están llenas de imprevisto; la invención es tan fecunda, los movimientos denotan una observación de la naturaleza tan intensa, al propio tiempo que una libertad de interpretación decorativa de tan completa independencia, que tenemos la impresión de encontrarnos en frente de la obra de un gran artista. La técnica libre y llena de franqueza, aumenta aún tal sentimiento, y por lo mismo que la autenticidad de estos objetos ha sido puesta en duda, digamos de una vez que su calidad artística no nos parece ser la menor prueba de su valor."

Estas imitaciones se hacen de una arcilla de color negro, obtenida macerando la arcilla común con ciertas plantas. Contiene gran proporción de arena grosera mezclada con películas de mica. La superficie está cubierta de un barniz negro lustroso. Son modeladas a mano. Los brazos, piernas, asas y demás partes salientes están soldadas al cuerpo principal.

Juzgando por la analogía con las piezas del Catálogo del Sr. Leocadio María Arango y del "Antropological papers. Amer. Mus. of Nat. Hist." New York, vol. II. part. III, el Sr. Delachaux cree que fueron extraídas estas cerámicas de los sepulcros de los aborígenes precolombinos del Quindío.

Las fuentes de inspiración de estos cacharros, como la de las cerámicas genuinas de los indios anteriores al descubrimiento, son casi exclusivamente faunísticas; la flora se halla casi ausente o no desempeña sino un papel secundario. Los seres vivos y en movimiento son los más interesantes para el artista; ha sabido observarlos en sus más característicos movimientos. Su fantasía ha ido más lejos y, como el artista de la Edad Media, ha evocado toda una fauna imaginaria, tan vivida como la real y en ocasiones singularmente inquietante.

Los vegetales están representados por mazorcas de maíz, calabazos, ahuyamas y otras frutas bien caracterizadas del trópico. Los aborígenes hacían vasos o ánforas imitando papayas, milpesos, melones y otras frutas, pero no emplearon las flores ni el follaje como motivo decorativo.

Los animales salvajes americanos y no los domésticos actuales, son representados de una manera realista o

interpretados libremente en vista de una forma decorativa, tales como culebras, micos, osos, caimanes, ardillas, armadillos, pescados, ranas, lagartos, camaleones, pájaros, dantas, etc. Los cerdos sí son los europeos y no los monteses, únicos conocidos por los aborígenes antes de la conquista.

La figura humana es tratada, en lo general, a la manera de los indígenas anteriores a la conquista, y la cabeza y tronco miran hacia adelante, posición que corresponde a la ley de frontalidad de Lange, propia de las esculturas egipcias, de donde él la dedujo; de un detalle nimio en los agujeros de las narices, ombligo, orejas, etc.; los párpados ordinariamente entornados, pero en ocasiones abiertos, cosa que no hacían los indios; desproporción infantil del cuerpo, gran cabeza, enorme nariz aguileña y tipo rechoncho.

Estas figuras, como las cerámicas prehistóricas auténticas de Antioquia, no obedecen a ningún canon, y son a manera de caricaturas monstruosas que imitan bien el arte de nuestro período neolítico. Pero mientras que en las cerámicas de los aborígenes el rostro es siempre una máscara fría e inexpresiva, en éstas hay más sentimiento y se ven en ellas reflejados la risa burlona, el dolor, la curiosidad, la seriedad, el orgullo, la prosopopeya, etc.; casi toda la gama de las pasiones, menos tal vez la ira y el miedo. Cuando en las figuras imitadas hay un cuerpo completo a veces, por olvido de lo antiguo, tiene un canon normal y esto indica que es espuria. Otras veces se acerca a lo precolombino y representa una enorme cabeza, a la cual se adaptan miembros en miniatura; algunas se parecen a tullidos de nacimiento, por parálisis infantil, con piernas diminutas y un grueso tronco normal coronado por déforme cabezota. Y es de notar que en esto los imitadores siguen a los artistas indígenas, pues para ellos sólo la cabeza y el tronco tenían importancia, mientras que los miembros los abocetaban o los reducían al mínimo, sin duda para hacer dichos muñecos menos frágiles y darles mejor base de sustentación.

La mayor parte de estas figuras están llenas de ornamentos, consistentes en rayas que forman diversos dibujos de apariencia geométrica. Tales dibujos son hechos con la punta de un punzón. Los grabados o ranuras es-



**Cerámica de Alzate.**

tán constantemente, y en exceso, llenos de un limo o tierra ocre o amarilla con laminillas de mica, apenas untada o frotada, y esta nota amarilla los hace resaltar sobre lo negro, dándoles un sello particular de falsedad que los denuncia a distancia. Esta tierra de las ranuras, que sería fortuita para Delachaux, fué incrustada de propósito deliberado por los aborígenes de Chiriquí, según Maccurdy, *Biac incised pottery. Chiriquian antiquities*, pag. 72. Los puntos redondos son hechos con un tallo hueco.

El Dr. Seler, Director del Museo Etnográfico de Berlín, consideró, con razón, las 130 piezas de Delachaux como falsificaciones, fundándose en la presencia de tierra amarilla en los grabados. Los Alzates, al poner dicha tierra en sus figuras, sin duda han pretendido hacer creer que permanecieron enterradas en la tierra amarilla de las guacas antiguas, cuya tierra natural era botada y reemplazada por tierra amarilla muy fina, que llevaban en ocasiones de grandes distancias. Debe saberse que los aborígenes de los Departamentos de Antioquia y Caldas, no trabajaron "barro negro", y que las cerámicas de color negro son simplemente pintadas con alguna tinta vegetal, no con "barniz", y que no tienen en sus dibujos incrustaciones o esmalte amarillo, como asegura Maccurdy de las de Chiriquí, ni mucho menos refregadas de tierra amarilla como las de Alzate. Las cerámicas teñidas de negro y auténticas se ven borrosas a trechos y son muy raras en la gran colección de D. Leocadio M. Arango y en la del Sr. Daniel Botero, mientras que las de barro negro, muy numerosas, son todas del taller de Alzate.

En las piezas legítimas de color gris, o rojo las cisuras son profundas y siempre incrustadas de blanco, "sin exceso"; la argamasa es muy adherente y fué colocada con paciencia oriental, como esas incrustaciones de marfil del arte árabe. En las falsas, es un cieno amarillo, apenas untado, que se despega lavándolas, mientras que la incrustación blanca no sale ni se despega por más que se lave.

A primera vista podría creerse que la tierra amarilla de las cerámicas negras es debida a que los sepulcros de nuestros aborígenes son, por lo general, de tierra ocre; pero esta idea, que ha inducido en error a los coleccionistas del País y a los mismos imitadores, es ordinariamente falsa, pues esto sólo ocurriría en sepulcros derrumbados, de

bóveda desfondada, y en tal caso debe tenerse por cierto que la tierra que les cayó se despega rápidamente con la primera lava la, que no dejan de darle los guaqueros, para presentarlas más aseadas y bonitas. De manera que esta tierra o "bolo" amarillo puesta, *larga manu*, en las cerámicas, es ciertamente, como dice Seler, signo inequívoco de falsificación. Por otra parte el barniz brillante también lo es, pues las auténticas lo han perdido a trechos y aún se ven corroídas por varios siglos de humedad. Las falsificaciones negras son muy frágiles, por contener mucha arena y porque son secadas al humo o al aire, mientras que las legítimas son cocidas al fuego; esto explica también por qué las falsas se deshaen tan fácilmente en el agua, mientras que las de los indios resisten mucho. Las falsas de barro rojo, si son quemadas, pero dejan tanto qué desear, que no las siguieron haciendo y su número es reducidísimo.

En las genuinas, rojas o grises, las hay sin barnizar, pero en lo general muy pulidas, y barnizadas simultáneamente de varios colores, tales como rojo, blanco y negro, especialmente en las cerámicas de origen Quimbaya. El barniz está deteriorado a trechos por la intemperie. Los husos y basijas antiguas del Valle de Aburrá o Medellín, siempre de barro gris o rojo, presentan finas incrustaciones blancas en los dibujos, y sólo en ellos, hechos con un barro blanco o argamasa colocada con sumo cuidado y paciencia; en algunas los dibujos y ranuras están ya vacíos, por habérseles caído las incrustaciones en el transcurso de los siglos que estuvieron bajo tierra. Tales ranuras son profundas, como hechas expresamente para recibir luego la incrustación.

Todas las cerámicas antiguas de este Valle son de la arcilla de que se fabrican nuestras tejas y ladrillos, cocidas como ellos, pero algunas teñidas de negro con el fin de hacer resaltar los dibujos blancos. En mi colección son notables los husos procedentes de los sepulcros de la finca "Calabria", del difunto D. Basilio Piedrahita, entre Belén y La América, que me fueron obsequiados por uno de sus hijos y cuya autenticidad es completa.

En el museo del finado D. Leocadio María Arango, todas las incrustaciones de las cerámicas auténticas de los Departamentos de Antioquia y Caldas, es decir,

de Catíos, Amaníes, Nutabes, Armas, Carrapas, Picaras, Sopías, Apías y Quimbayas, son blancas, nunca amarillas. Estas incrustaciones blancas son notabilísimas en las enormes múcuras o cántaras cilíndricas, barnizadas de rojo y provenientes de la ciudad de Antioquia, y por consiguiente trabajo de artistas catíos, destinadas, sin duda, para guardar chicha. Las incisiones o canales incrustados de blanco son profundos, y la argamasa dura resiste a todos los lavados que se quiera. Todas las piezas legítimas son de barro cocido y sólidas; las teñidas de negro, que son la excepción, se ven opacas y no lucientes o lustrosas, como las falsificadas, no con barniz negro sino con una tinta vegetal, desteñidas a trechos por la intemperie, sin incrustaciones o con ellas, pero siempre blancas, nunca amarillas y, cosa decisiva, la arcilla es siempre roja, gris o blanca, "nunca negra", y barro quemado muy sólido.

¿De dónde sacó Pascual Alzate la idea de un barro negro, que no existe en ninguna de las cerámicas de nuestros aborígenes prehistóricos?

Dado el talento imitador de este artista contemporáneo, sólo puede pensarse que su idea fué rivalizar y superar el trabajo de los indígenas con una arcilla diferente, más curiosa, que viniera a ser como el sello de fábrica, y que, el día que se cayese en la cuenta, se conociera, sin lugar a error, lo original de su fantasía apocalíptica, pues en efecto, no temo afirmar que todas las colecciones de cerámicas negras de Medellín o compradas en Medellín y Anserma, son falsas antigüedades indígenas, sólo tienen el valor de muñecos raros por su factura, no por su número, pues aquí hay colecciones de centenares de esos cacharros que fueron aceptados por todos los coleccionistas.

Según Oviedo, las más lindas cerámicas negras eran fabricadas en Nicaragua a cuya clase pertenecen, sin duda, las de Chiriquí.

Aprovecho la oportunidad para llamar la atención del Gobierno a fin de que compre el museo de D. Leocadio a sus herederos, pues es el único representante del arte e industria de nuestros aborígenes precolombinos. En Europa no hay nada comparable, ni aún la colección André, del Trocadero, que es una infelicidad en comparación con ésta, en la que gastó el Sr. Arango todo su entu-

siasmo de más de medio siglo. Sería una verdadera lástima que se dejara salir del País, porque en su género, es única en el mundo. Lo más interesante y valioso son las cerámicas antiguas, y el Gobierno, al comprarlas, podría fundar un museo etnográfico antioqueño, muy útil a los estudiantes y turistas extranjeros, pues sería absurdo colocar objetos tan valiosos en un museo común, en medio de cueros de boa y puñales de asesinos. La colección de D. Daniel Botero, podría también comprarse fácilmente hoy a sus herederos.

En otro trabajo: *El cuerpo humano en el arte*, decía que las cerámicas de nuestros aborígenes, representan al hombre con los ojos entornados y horizontales, y que las únicas figuras de ojos oblicuos eran siempre mascarillas de mujer, casi de tamaño natural, hechas de barro negro con reflejos metálicos por la mica, que decían provenientes de Guasanó. Hoy tengo la certeza de que todas ellas provienen del taller de los Alzate. Así queda despejada una incógnita enojosa, y desaparece la excepción a la regla invariable de las cerámicas antiguas colombianas. El tipo mogol en una cerámica que pasa por indígena, es siempre sospechoso de falsificación, sobre todo si es muy exagerado, como en las de barro negro.

Alzate ha hecho figuras mixtas de barro negro y rojo, en que el arte moderno se distingue a distancia; éstas son escasas por su mala aceptación, como las de Orta, aunque la factura es superior.

Al lado de las cerámicas negras (de Alzate), dice Fuhrmann, hablando del museo del señor Arango, que denotan una fantasía y una imaginación tan fecunda como artística, en especial los vasos con figuras apocalípticas, vieron otros más "simples y menos decorativos" de barro rojo ladrillo; y sin embargo esas piezas sencillas, que no llamaron la atención del distinguido naturalista, son las únicas auténticas de la preconquista. Las apariencias engañan.

También dicen haberse fijado en los "rodillos y placas de barro cocido decorados de graciosos motivos de ornamentación, y que serían probablemente para imprimir telas." Transcribo entre comillas, porque esta ha sido mi opinión, así como la del señor Ernesto Restrepo, en su interesante monografía sobre los Quimbayas, sin que

esto obste para admitir, como lo dice el señor Enrique White, que determinadas placas servían para tatuajes, y éstas tienen un mango en el centro, a í como los cilindros o placas convexas servirían para estampar dibujos en los vasos de barro, aún fresco, como lo supone el Sr. Restrepo. En la Altiplanicie se encuentran los cilindros y en Venezuela son muy frecuentes las *pintaderas*, aún entre los salvajes actuales.

Alzate ha imitado lastimosamente estos rodillos en barro negro, y en el museo Arango se ven tres de ellos, como de treinta centímetros de largo, con dibujos mejores, torcidos y de imitación tan grosera, que a primera vista se distinguen de los legítimos; no son de barro cocido, mientras que los de los indios siempre lo son, de pequeñas dimensiones y hechos en arcilla ordinaria. Exceptuando un rodillo, entre los muchos auténticos, que parece el sello de un cacique, los demás sólo tienen motivos decorativos variados, pero ningún otro signo de escritura. El cilindro sello tiene por un lado la figura de un indio, y por el otro, varios signos o jeroglíficos; al estamparlo deja la efigie del cacique y su firma, como quien dice: Yo Salmanazar! Este cilindro debe venir del antiguo Ebéjico o de esa región, por que los únicos indios que en el Departamento de Antioquia usaban jeroglíficos, que imprimían en telas, eran los Catíos, según el Padre Simón, cuyo texto, olvidado por nuestros especialistas, transcribo para solaz del lector antioqueño.

“Fueron los indios de esta nación catía los más principales de todo el resto de las demás naciones de esta Provincia de Antioquia, que eran: Ibéxico, Peque, Penco, tierras de sabanas rasas, donde también están los Moriscos; otros se llaman Ituangos, Pubíos, Ceracunas, Peveres, Nitamas, Tuines, Cuiscos, Araques, Cararitas, Guacusecos y Tecos. Eran los Catíos gente vestida y demás despavilado entendimiento; escribían sus historias en geroglíficos pintados en mantas; usaban de peso y medida; lo más común que comían eran raíces, por la tierra estéril para el maíz: gente membruda y bien dispuesta, en especial las mujeres de bellos rostros y buen parecer, gallardas y bien preciadas, aunque los hombres algo bajos y morenos, de gran verdad en sus contratos.”

(*Noticias Historiales* de Fray Pedro Simón. Tomo IV, parte tercera Cuarta Noticia, página 326. Medardo Rivas. Bogotá, 1892).

La Figura 87 de la plancha XXXII de Delachaux, representa un cilindro apócrifo de Alzate.

La procedencia de las piezas negras que figuran en el catálogo del señor Arango, son mistificaciones de los Alzate, y los nombres de Apía (donde residió uno de ellos), Benalcázar, Guazanó, Cañaveral, etcétera, son supuestos, para hacerlos aceptar por el anciano, que en su entusiasmo de coleccionista no quiso ver la burda superchería, que el doctor Emilio Robledo, más avisado, denunció al Ministerio de Instrucción Pública, cuando fue Gobernador del Departamento de Caldas.

Parece que en el Museo de Historia Natural de New York, tienen también una colección apócrifa de cerámicas negras, llevadas por el señor Sharples, ingeniero de minas, y en número de 150, que dicen proceden del Valle del Cauca. Cuando llegó dicha colección al Museo, varios antropólogos las consideraron como falsas. Mas tarde, el señor Ward llevó de Medellín un lote de cerámicas de barro negro con certificado del señor Arango, de que eran antiguas (como las de él), y esto calmó las sospechas del Director del Museo (*Anthropological papers of the American Museum of Natural History*. Volúmen II, parte III. New York, 1909).

En el primer Congreso Internacional de Etnografía de Neuchâtel, el doctor Seler y von Den Steinen, como ya dije, consideraron las cerámicas negras presentadas por el señor Delachaux, como falsificaciones, *Falschungen*, y se apoyaron en la presencia de tierra amarilla, así como también en la fantasía desvergonzada de la inspiración y de las formas. A pesar de esto, el señor Delachaux persiste en considerarlas como antigüedades auténticas, por creer que D. Leocadio Arango no pudo dejarse engañar, después de cincuenta años de ser coleccionista inteligente y en el propio País de las excavaciones. Sin embargo, así parece, y el señor Delachaux se equivocó como tantos otros, lo que prueba sólo el ingenio de Pascual Alzate, a quien se podría enviar a la Escuela de Bellas Artes de París, para que cambie de rumbo y no nos perjudique más. Después de estudiar el estilo modernista, puede regresar a poner

una fábrica de terracotas, con la seguridad de que hará un comercio honorable y bueno.

En la amaginación traviesa de Pascual, aparece el diablo de Nuestra Señora de París, representado en la figura 96 de la plancha XXXI; es un Metistófeles de nariz y barbilla inusitadamente largas, de sonrisa burlona, con un cuello de girafa.

En la brecha de las hipótesis, Delachaux atribuye la partenidad de las cerámicas de barro negro a los indígenas destruidos por los Quimbayas, y que Ernesto Restrepo llama los *Chaverrones*, por su gran estatura, y que son talvez los mismos Chancos, hombrazos encontrados por los conquistadores en otro punto del Valle del Cauca. Otros antropólogos creen estas piezas fabricadas por indios actuales, pero la familia Alzate nada tiene de indio, como dejo dicho, y aunque gentes del pueblo, son blancos.

Termina diciendo que estos chirimbolos negros han suscitado muchas polémicas, por la desconfianza de la mayor parte de los Conservadores de museos, y que su trabajo tiene por objeto suscitar nuevos estudios que puedan dar la clave del enigma, que sólo se aclarará cuando algún sabio competente haga excavaciones sistemáticas en los lugares dichos, y entonces se sabrá con certeza qué hay de cierto sobre la edad de las producciones de arte tan extraño.

Desde hoy podemos decirle que de ninguna guaca de esta región se han sacado ni se sacan cerámicas de barro negro, como las de los Alzate.

Para terminar, repetimos que el habilísimo Pascual estuvo con el Sr. Right en Bogotá, y allí fabricó y vendió un gran número de sus famosos y discutidos cachivaches, que fueron muy bien aceptados, según noticias, por los coleccionistas de la antiplanicie, quienes al leer estas líneas, que les dedico con todo respeto, sabrán a qué atenerse, para que no las tomen como fabricadas por los chaverrones, defraudando al muy célebre y astuto paísa.

Después de publicado lo anterior, me decía el entusiasta arqueólogo Rev. P. H. Rocheraux, que estas cerámicas no eran falsificaciones, ni siquiera imitaciones sino un arte nuevo de los Alzate y que el error estaba más

bien de parte de los coleccionistas, demasiado crédulos o poco escrupulosos.

Por otra parte, Pascual me dijo, que muchos de sus clientes, le compraban sus muñecos a sabiendas, sin que de su parte hubiese engaño. Que está industria venía de padres a hijos, desde hace treinta años; que no usa arcilla negra sino que la prepara y barniza por modo especial, y que si emplea de preferencia el color negro es porque le parece más bonito, pero que hace del color que más agrade al cliente, que le compre al por mayor.

Me manifestó, además, que no le desagradaba nada la idea de que se le enviase a París, para poder cambiar de orientación en su ramo de escultura, aunque para él lo antiguo tiene un atractivo irresistible.

## RELACION

del viaje de Vadillo, por el occidente del Departamento de Antioquia,  
a Francisco Dávila.

**“En que se tracta de la yda del licenciado Sancta Cruz á la provincia é gobernación de Cartagena, donde halló á Pedro de Heredia é su hermano pressos, é tomó la residencia, é halló quel licenciado era entrado la tierra adentro; é del viaje que hizo y otras cosas convinientes á la historia.**

Despues que desta cibdad de Sancto Domingo partió el licenciado Sancta Cruz, fué á la provincia de Cartagena, y halló quel licenciado Johan de Vadillo era entrado la tierra adentro con gente á buscar ciertas minas de oro, que le avian dicho que hallaria muy ricas, y para inquirir los secretos de la tierra. Y luego comenzó á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y él dio sus descargos lo mejor que pudo, y el juez lo remitió con sus procesos á España al Consejo Real de Indias, donde fué á seguir su justicia.

Desde á poco tiempo aportaron á aquella gobernacion el licenciado Gonzalo Ximenez, teniente que fué del adelantado don Pedro de Lugo, por cuyo mandado desde la provincia de Sancta Marta avia ydo el año de mil é quinientos é treynta y seys años á descubrir por el rio